

HACIA EL 2015: TENDENCIAS DOMINANTES EN CENTROAMÉRICA*

Xabier Gorostiaga

*Discurso inaugural del II Encuentro Mesoamericano de Filosofía, realizado en Managua, Nicaragua, 1996.

Al inaugurar el II Encuentro Mesoamericano de Filosofía “Mundialización y Liberación”, quisiera en primer lugar felicitar a los filósofos centroamericanos por esta iniciativa sobre un tema tan actual y tan pertinente para nuestra región. En estos tiempos de incertidumbre y de perplejidad donde parece que no se puede predecir nada, filosofar es querer ir a las raíces de la problemática profunda del ser y de la realidad, posiblemente uno de los caminos más necesarios en una época dominada por el cortoplacismo, y una función creativa en un momento en que se manifiesta que “no hay alternativas” al sistema actual. El llamado fin de la historia parece implicar también el fin de la filosofía y del pensamiento.

Pretendo en el análisis sobre la Centroamérica del futuro, la Centroamérica de 2015, presentar ante ustedes las tendencias dominantes, las fuerzas motrices que dirigen la realidad regional en nuestros días. No pretendemos ni predecir ni probar nada, sino provocar a este grupo de filósofos a que busquemos la raíz de la problemática actual. Para ello les sugiero tener una visión regional en una de las regiones más abiertas del mundo. Una región que ha sido transformada en su historia de zona geoestratégica, hoy en zona geoeconómica, y creemos nosotros que sólo desde una geocultura regional y una geocología regional podremos enfrentar la mundialización que afecta a Centroamérica posiblemente más que a otras regiones del mundo por ser puente entre el Norte y el Sur, entre el Pacífico y el Atlántico.

La foto del Doctorado Honoris Causa a Rigoberta Menchú, que preside este auditorio, y el mismo doctorado de esta universidad otorgado al presidente en exilio Jean Bertrand Aristide, intentan simbolizar la búsqueda de las raíces culturales, para poder desde ellas encontrar el desarrollo endógeno de nuestra región. Han acusado al rector de la Universidad Centroamericana (UCA) de “defender las causas perdidas”. Nosotros decimos que son las causas encontradas. Encontrar las causas que den sentido a la vida, que den sentido a la esperanza, que den posibilidades de felicidad al ser humano. Son estas algunas de las grandes demandas que exigen a la filosofía en este período de crisis de teoría, de crisis de paradigmas, de crisis de coraje y creatividad para enfrentar esta avalancha que nos engulle, sin más perspectivas que las de dejarse llevar. Ese dejarse llevar es la antítesis de la filosofía. La fatiga, la apatía, el desencanto, son tonalidades que se manifiestan en la juventud universitaria actual, pero que consideramos como epifenómenos superficiales que ensombrecen preguntas que no encuentran formulación. Desde esta nueva generación centroamericana se les demanda a ustedes académicos y pensadores centroamericanos, si no una respuesta, al menos el intento de

conceptualizar preguntas que permitan cuestionar y levantar una conciencia crítica del momento presente.

Centroamérica 2015, entre Somalia y Taiwán, pretende describir dos modelos, dos dinámicas simultáneas que actúan sobre nuestra región. Por una parte la exclusión de una gran mayoría de la población del poder económico, político y cultural, y por otra parte la concentración y centralización de ese poder en élites exclusivas y enclaves modernizantes que se vinculan regionalmente entre sí y con el mercado global. Esa somalización-taiwanización se da en todas las esferas, incluyendo la universidad, la iglesia, los partidos políticos, los ejércitos y las propias organizaciones populares. Frente a esa polarización paralizante y amenazante de la región proponemos la necesidad de un nuevo contrato social nacional y regional. El viejo Rousseau y su propuesta de “contrato social” es invocado como un símbolo de aquel cambio de época después de la revolución francesa donde “cada uno uniéndose a todos no obedezca sino a sí mismo y quede tan libre como antes”. En el lenguaje de su época convocaba a los “ciudadanos” a una forma de asociación, de alianza que les permitiese superar conjuntamente para el bien de todos una realidad que no ofrecía perspectivas para ninguno si permanecían aislados y confrontados. El fin de la guerra fría, el fin de los paradigmas ideológicos me permiten sugerir la necesidad no sólo de un consenso y una concertación coyuntural como proponen los partidos políticos, sino algo más profundo y permanente que permita gestar en las próximas décadas una propuesta estable y duradera. Centroamérica 2015 busca provocar esta preocupación y visión de largo plazo para romper con el coyunturalismo y el reduccionismo simplista de las políticas actuales.

Un pragmatismo audaz, es decir, propuestas concretas y viables, pero al mismo tiempo con visión de futuro, es lo que buscan estas reflexiones. La democracia conquistada en Centroamérica no vino importada desde fuera, es un producto histórico prolongado y doloroso, recién conseguido, por tanto tierno y frágil, pero que ofrece las posibilidades de algo nuevo. Profundizar la democracia, democratizar la economía, el mercado y el Estado, democratizar los ejércitos, son hoy posibilidades reales aunque difíciles. El hecho de que la UCA haya iniciado el primer curso en la historia de las universidades latinoamericanas para el Estado Mayor del Ejército, es un riesgo, pero una apuesta también por un nuevo tipo de militar, entrenado civilmente, sometido al poder civil, que puede convertirse en agente balanceador y garante del nuevo contrato social como elemento de la nueva seguridad regional al fin de la guerra fría.

Otro riesgo es también el apostar por una economía de los pequeños y medianos, sobre todo de los finqueros, al mismo tiempo que reconocer el potencial de transformar a Centroamérica en una plataforma de servicios transnacionales. La vinculación entre lo *micro* y lo *macro*, entre lo local y lo global, entre el crecimiento y la ecología, entre el género y la equidad, entre el presente y el futuro, son tareas cuya viabilidad depende del contrato social entre todos los sectores y cuya formulación y cuestionamiento depende de los científicos sociales y filósofos centroamericanos. El énfasis más económico y social de este trabajo no quiere desviarles del trabajo propiamente filosófico, sino más bien ayudar a encarnarlo en la realidad centroamericana y en sus tendencias. La teoría y el pensamiento filosófico dentro de ella es más necesario que nunca en períodos de crisis y en cambios de épocas, en

aquellos momentos en que “lo que debe nacer no nace y lo que debe morir no muere” (Gramsci), o como diría Ignacio Ellacuría para los momentos en que se vive “una crisis de civilización”.

1. Centroamérica 2015

Centroamérica vive una época de incertidumbre, perplejidad e inseguridad producida y entremezclada por una fase de atomización y anomia social en esta Centroamérica que fue convulsionada en las dos últimas décadas por un gran dinamismo social y conflictividad internacional y regional. Centroamérica se convirtió en un imaginario social del cambio posible en la confrontación ideológica de la guerra fría y fue transformada en el campo de batalla de este conflicto y en el *test* del mismo ocupando la primera página de los medios internacionales. Hoy Centroamérica ha quedado marginada de la agenda política y económica del mundo manteniendo fundamentalmente intactas las causales de su mayor crisis histórica.

Esta crisis trasmutada y no resuelta nos obliga a reflexionar con profundidad sobre el continuo histórico de lo que ha pasado, sigue pasando y tiende a suceder en Centroamérica en los próximos veinte años. Pretende superar el cortoplacismo dominante, que atomiza y sectoriza el pensamiento en políticas reduccionistas, sin permitir una perspectiva más armónica e integral. Estas reflexiones prospectivas pretenden proyectar una visión sobre la región. No pretenden probar nada. Se busca con honestidad evaluar crítica y éticamente la experiencia de más de treinta años de trabajo regional; presentar una honesta reestructuración de nuestro análisis, al mismo tiempo que compartir una esperanza en estos tiempos del cólera, dengue, de pobreza y desempleo masivo e inseguridad ciudadana; convencidos que hay alternativas de desarrollo reales y cualitativamente superiores a las que se imponen como las tendencias dominantes para los próximos veinte años.

Desde esta experiencia contradictoria a primera vista, pero iluminadora para esta época de incertidumbre y perplejidad, se pretende no predecir lo imposible en esta época de cambios rápidos y profundos, sino estimular y provocar una reflexión constructiva y práctica. Estas experiencias y reflexiones son compartidas en forma creciente desde múltiples y variadas realidades de América Latina y de otros países periféricos del Sur. Este nuevo consenso emergente y global es uno de los fenómenos más importantes a fin del siglo XX, aspecto que analizaremos en la parte final de estas reflexiones.

2. Centroamérica en el mundo frente al siglo XXI

Asumimos una visión regional enraizada en lo local, en los sujetos específicos de la sociedad civil en las naciones actuales, pero con un marcado destino regional y latinoamericano. Centroamérica ha sido y es actualmente una región abierta, puente natural entre el norte y el sur del continente, entre el bloque de la mayor potencia militar y política del planeta y la América Latina. También es el puente entre el Pacífico y el Atlántico, entre la nueva Europa y el pujante bloque asiático. Es una región sometida, intensa y directamente a todos los cambios de la mundialización. Como manifesté en Copenhague: "La rapidez, profundidad y el carácter de las transformaciones ocurridas en el mundo en las dos últimas décadas implican un cambio de época dominado por una revolución conservadora de carácter global, que pretende presentar como inevitable una globalización homogénea y neoliberal del mercado mundial, basada en la privatización, en la competencia y en la liberalización de las

economías, bajo la égida de los organismos financieros internacionales. El paradigma dominante ha provocado una globalización desde arriba, elitista, concentradora y centralizadora de la riqueza, de las tecnologías, del poder militar y político como nunca antes en la historia de la humanidad. Al mismo tiempo, la pobreza y el desempleo han crecido, excluyendo a grandes masas de población convertidas en población superflua, provocando mayor fragmentación y polarización en las sociedades y en el sistema mundial. Concatenada y simultáneamente se produce una crisis ecológica mundial, producto de este estilo de desarrollo y de esta revolución tecnológica. A la vez, la explosión de población en los últimos veinte años en los países del Sur, la mayoría en condiciones de pobreza y miseria, ha provocado que la lucha por la sobrevivencia multiplique el ritmo de la catástrofe medioambiental, incluyendo a los indígenas y campesinos, sus ancestrales defensores" (Gorostiaga, 1996a).

Consideramos que el fin del siglo XX está enmarcado en una profunda crisis de civilización, dado que el sistema mundial, en su forma actual, no es universalizable para las mayorías del planeta, una crisis de gobernabilidad y de sostenibilidad ecológica. Una crisis no sólo del sistema, sino de la civilización occidental actual, de su visión de la historia y de sus valores dominantes. Esta crisis de civilización se refleja en Centroamérica en el marco conflictivo de dos tendencias dominantes.

3. Dos tendencias para la Centroamérica del 2015

3.1 Hacia un caos de baja intensidad: La pacificación de la región fue la expresión, a nivel regional, del cambio de la situación mundial en que se pasó de un mundo multipolar a uno unipolar. El empate de las fuerzas contendientes, o el estancamiento del conflicto sin visos de solución definitiva por ninguna de las partes, fue lo que hizo posible el llegar a la negociación política como método civilizado de resolución del *impasse*. Esta solución, fue sólo inmediatista y superficial. Abarcó los aspectos relacionados con las causas que generaron el conflicto político y bélico. Antes bien, se entró en una dinámica de cambios políticos, sin cambiar sustancialmente la economía (instituciones, aparato productivo, tecnología) ni la distribución de activos y del ingreso. Con la democracia, no ha llegado ni la democracia del mercado ni la justicia social, pero sí los planes de estabilización y ajuste como prerequisites para acceder al financiamiento externo, con condicionantes que reconstruían de nuevo el sistema social y económico que había producido la mayor crisis histórica de la región.

Centroamérica en su conjunto, desde la perspectiva de la política exterior norteamericana, pasó de ser su objetivo estratégico a un recuerdo incómodo que había que marginalizar lo más elegantemente posible. Este cambio brusco de la política norteamericana, abre para Europa, y en especial para Asia y los países europeos, la oportunidad de jugar un papel inédito en la región, aprovechando la política de "neutralidad constructiva" de Estados Unidos para la región. Sin embargo, si los modelos de sociedad actuales se mantienen y profundizan y si los estilos de cooperación externa no se transforman, un "caos de baja intensidad" es previsible en Centroamérica. La tendencia actual es una sociedad de dos velocidades donde las grandes mayorías permanecerán en el desempleo, en la pobreza, con una salud y educación insuficientes para convertirse en actores de su propio desarrollo, donde la mujer, la niñez y la

juventud serán los sectores más golpeados con creciente tendencia a una africanización y desintegración social.

No se prevé un retorno a procesos revolucionarios armados sino una descomposición del tejido social, una especie de "somalización" en territorios indígenas, zonas campesinas, y un incremento de la inseguridad ciudadana urbana que sustituirá a la situación de guerra de las décadas de 1970 y 1980. Por otro lado, una pequeña élite, formada básicamente por redes familiares extendidas por la región inferior al 2 por ciento de la población, y una clase media incorporada al servicio de esa élite y del sector más dinámico de la inserción internacional, más o menos 20 por ciento de la población, alcanzarán un nivel importante de modernización y de inserción internacional, con ciertas semejanzas a una taiwanización de enclaves modernos tanto en la industria, comercio, finanzas como en sectores no tradicionales agrícolas. El "sector taiwanizado" se incorporará en alguna de las variantes del Tratado de Libre Comercio que logre consolidarse. Una integración "formal" centroamericana basada en estos sectores modernos liderados por los vástagos de las familias oligárquicas, buscará la "legitimidad democrática" de este modelo, que hegemoniza los aparatos jurídicos, legales y políticos y que controla el Ejecutivo.

Fuera de los enclaves modernos, la clase media urbana y rural lucharán entre la disyuntiva de incorporarse al sector modernizante para no ser absorbidos por el proceso de exclusión y pobreza cada vez más mayoritario, emigrarán o se incorporarán al "mercado delincencial" (droga, contrabando, pandillas urbanas y rurales). La cooperación externa directa se irá reduciendo progresivamente, concentrándose en proyectos sociales compensatorios para amortiguar los desajustes sociales y poder mantener la gobernabilidad en medio de una tensión social creciente. Por tanto, subsidiando al propio sistema que reproduce el subdesarrollo. En los países más endeudados (Nicaragua, Honduras) se seguirá reestructurando la deuda sobre la base de un condicionamiento y a una camisa de fuerza financiera impuesta por las IFI (instituciones financieras internacionales) que eliminarán cualquier posibilidad de un desarrollo endógeno, equitativo, sostenible y democrático. El dirigismo financiero internacional será la única alternativa realista y posible. Estilos de gobierno cada vez más autoritarios dominarán la escena política, provocando el regreso de los caudillos y/o el retorno de la oligarquía más modernizante y empresarial, al mismo tiempo que la narco-política y corrupción serán parte del juego democrático.

La cooperación externa cada vez encontrará menos sujetos de cooperación tanto en el país donante como en el receptor. La fatiga del desarrollo y el pesimismo aumentarán la crisis actual de la cooperación al desarrollo, que posiblemente quede reducida a proyectos específicos de compensación social. Nuevas áreas internacionales de conflicto están provocando que Centroamérica desaparezca de la agenda de la cooperación internacional, sin que las causales de la crisis histórica de las dos décadas pasadas hayan sido superadas. Si la crisis de creciente ingobernabilidad y descomposición social llegase a provocar un estallido social, más al estilo de Chiapas que al de las revoluciones de la década de 1980, convirtiendo de nuevo Centroamérica en foco de atención internacional, el carácter patológico de la ayuda y de la cooperación internacional se manifestará de nuevo, sólo reactivándose ante el miedo de las crisis sociales que afecten la estabilidad del sistema, o por las catástrofes naturales. La carencia de una política de valores compartidos y de

principios éticos, e incluso la carencia de una racionalidad capaz de previsión científica del proceso social, que permitiese reducir costos futuros, se hará cada vez más patente provocando más aún el “development fatigue”.

Centroamérica 2015 se presentará con un mayor grado de dependencia, mayor exclusión, mayor desintegración social bajo formas modernizantes y democráticas cada vez más superficiales. Estados Unidos incrementará su imagen de “paraíso terrenal” a través de los medios de comunicación social que monopolizan la región, pero también por las remesas familiares de los inmigrantes, que se han convertido en parte del sistema de sobrevivencia y de consumo extranjerizante. La droga creciente provocada por el cercano mercado de cientos de billones de dólares en Norteamérica, sustituirá en parte a las “economías de postre” del pasado (banano, azúcar, café y cacao) y también a la inmigración cada vez más limitada para ingresar en el “mercado ilegal “ para los Centroamericanos, tanto como mano de obra como por incapacidad de exportar otros productos competitivamente a un mercado proteccionista (textiles, cueros).

La inseguridad ciudadana y la tensión social exigirán gobiernos fuertes, un gasto creciente en el mantenimiento de la seguridad ciudadana, posiblemente menos militar que en el pasado, utilizando formas de seguridad privada que implicarán, sin embargo, una proporción del PIB semejante a la que se utilizó en los peores momentos de los regímenes militares (montos equivalentes o superiores a los gastos de educación y salud combinados). Los niveles de inseguridad ciudadana en el campo y en la ciudad, producto de la involución social, no propiciarán que se desarrolle el tejido económico activo, ni siquiera de las clases medias urbanas y rurales, mientras que la reducción de los presupuestos públicos, por falta de capacidad y legitimidad en la recaudación, no permitirán que se establezcan los sistemas públicos de seguridad necesarios para controlar la tensión social creciente.

Los estados tradicionales han demostrado que carecen de sentido en este esquema desolador. Se limitarán a proveer los servicios administrativos y diplomáticos que el “enclave taiwanés” necesitará. Los ejércitos, por su parte, reducidos por el impacto de la pacificación y del ajuste estructural, autonomizados económicamente gracias a su conversión en empresarios, serán también parte del enclave modernizante, pero no tendrán los medios necesarios para reprimir y controlar la parte “somalizada” de la mayoría de la población. Habrán pasado de la doctrina de seguridad nacional, inducida por Estados Unidos y la guerra fría, a la doctrina de la “defensa de los intereses propios”. Estos ejércitos corporativos requieren especial atención en la transición democrática para que su formación cívica y sometimiento al poder civil les permita involucrarse en el nuevo contrato social, que impida que sean absorbidos por las élites familiares de la modernización y de la actual integración de las cúpulas empresariales de Centroamérica. Más bien para que sirvan de balance social, con el peligro de un nuevo bonapartismo, que sólo podrá evitarse por la transparencia y solidez de la nueva democracia producto del contrato social concertado democráticamente entre todos los sectores.

Sin esta visión de mediano-largo plazo y sin el contrato social que le dé estabilidad es posible que la colusión de las élites familiares y militares pudiera reproducir el ciclo histórico de la triple alianza que ha definido a Centroamérica en el pasado: la alianza entre la oligarquía, los militares y el gran vecino del norte. Esta alianza fue quebrada por la lucha popular en las décadas pasadas,

por el fin de la guerra fría y por la nueva cultura democrática, pero podría retornar bajo formas de una democracia restringida y tutelada.

El inagotable mercado para la droga que transita por Centroamérica hacia Estados Unidos, y en forma creciente también hacia Europa y el Pacífico, corroe el sistema político de la región y enferma la economía con exceso de capitales sin control, que buscan en la especulación y en el lavado de dólares una incorporación legal a la nueva Centroamérica. La región ha dejado de ser zona de tránsito para convertirse también en zona productora, especialmente de marihuana y heroína. Al ser insuficientes los programas de inserción productiva los desmovilizados de los ejércitos y de la resistencia nicaragüense han pasado de ser “carne de cañón” a “carne de droga”. La corrupción, tanto económica como política, vinculada a las drogas y al mercado “delincuencial” seguirá siendo una gran amenaza para Centroamérica, incrementada por la tendencia transnacional de una corrupción generalizada, no sólo en América Latina sino, en casos ya muy notables, entre eminentes políticos y empresarios europeos y norteamericanos. Este “capital delincuencial”, peligroso en todo el mundo, es más amenazante y desestabilizador en sociedades con una institucionalidad débil, y en sociedades sumamente polarizadas como las centroamericanas.

El estigma ético producto de estas tendencias deslegitima y disminuye la credibilidad de la sociedad, debilita los tejidos sociales y fomenta el individualismo y la desintegración social. El estigma ético ha afectado especialmente a las izquierdas, lo que ha provocado profundas divisiones en el FSLN y FMLN, más de carácter moral que ideológico. El estigma ético tiene un impacto especialmente grave en la juventud, que padece una fuerte frustración de ideales y de ejemplos, provocando la tentación de la fuga de la realidad a través de la droga, el fundamentalismo religioso o la migración.

3.2 Posibilidad de un cambio de rumbo: La visión y el escenario alternativo potencial que se describe a continuación, para que no parezca demasiado utópica e irrealista, requiere especificar la teoría, los métodos, los sujetos, las instituciones e incluso el nuevo estilo de cooperación internacional que pudieran crearlo. Esto es lo que telegráficamente pretendemos hacer en los apartados siguientes. La convicción de que la alternativa es necesaria, es posible y de que existen los sujetos y los recursos para ejecutarla, es un presupuesto y al mismo tiempo una condición para construirla (Irvin, Gorostiaga, 1985; PACCA, 1984; Fagen, R., 1987; Irvin, Holland, 1990; Arias, Stein, 1992).

a) La Centroamérica alternativa del 2015 se basaría en un contrato social que permitiría tener una base agroindustrial capaz de crear la autosuficiencia alimentaria y de exportar granos básicos a los 35 países, históricamente deficitarios, de la Asociación de Estados Caribeños. Esta “economía finquera” de medianos y pequeños productores agropecuarios tiene que modernizarse para mejorar su capacidad exportadora de granos, café, banano, ajonjolí, azúcar, ganado, etcétera, productos tradicionales donde Centroamérica cuenta con una renta diferencial regional y con las ventajas de su ubicación geográfica. La agroindustrialización de esos productos permitiría la interconexión de las zonas rurales y urbanas que no fue lograda en el Mercado Común Centroamericano. La nueva producción de bienes no tradicionales como frutas, flores, vegetales, con un valor agregado industrial superior al presente, pudiera evitar la

dualización de la economía entre zonas modernizadas y zonas retrasadas, creando empleo y demanda efectiva, industria, construcción y servicios capaces de generar un verdadero mercado interno tanto rural como urbano.

b) Por otro lado, zonas francas, tanto industriales como agroalimentarias para la exportación, vinculadas con inversión extranjera y compañías transnacionales, añadirían un nuevo eje tecnológico y de acumulación regional, evitando que las zonas francas compitan entre sí dentro de la región para obtener más concesiones laborales competitivas, si no más bien que se complementen entre ellas, constituyendo así un nuevo tejido industrial regionalmente integrado, capaz de competir con otras zonas francas del resto del mundo.

c) La racionalización e integración regional del parque industrial de zonas francas permitiría la maximización de sus beneficios y la disminución de las distorsiones laborales y fiscales que la actual práctica de zonas libres conlleva. La integración centroamericana es por tanto un factor determinante para aumentar la competitividad sistémica de cada nación y de la región, aumentar la capacidad negociadora a nivel internacional, y crear un balance regional de población y recursos que evite las diferencias actuales que dificultan la integración. Economía finquera, el desarrollo agroindustrial y las zonas francas integradas conformarán la base más tradicional de una economía centroamericana modernizada e insertada en la economía global.

d) Centroamérica por otro lado, puede transformarse en una plataforma de servicios transnacionales (PST) donde además de las zonas libres industriales y agrícolas, pudieran crearse centros financieros, centros de reaseguros y comercialización aprovechando la ubicación de toda la región como puente norte-sur, y las ventajas del canal como puente entre el Pacífico y el Atlántico a nivel o del futuro puente terrestre complementarios al Canal de Panamá. El potencial regional de la PST requiere una visión regional compartida, de largo alcance, que supere el cortoplacismo y el oportunismo político actual.

e) Esta PST requiere una infraestructura de transporte, autopistas y ferrocarriles, vinculando México con Colombia y vinculando el Pacífico con el Atlántico. La construcción de puertos internacionales en el Pacífico y el Atlántico, complementados por pequeños puertos de cabotaje, añadirían un componente nuevo a la riqueza tradicional de la región, abriendo la costa Caribe de Centroamérica a un desarrollo económico fundamentalmente concentrado hasta el presente en la costa Pacífica.

f) La creación de una autosuficiencia energética, que complemente la termoeléctrica e hidroeléctrica actual con la geotérmica y energía solar donde Centroamérica tiene ventajas comparativas con el resto del mundo, puede ser uno de los principales recursos para reducir importaciones y mejorar la balanza de pagos.

g) La recuperación geoecológica, de toda la zona ecológica de Centroamérica es fundamental para el mejoramiento de las tierras y aguas, pero especialmente para abrir el enorme potencial de la biodiversidad concentrada en Centroamérica, frontera geoecológica entre el norte y el sur, el Pacífico y el Atlántico. La biodiversidad centroamericana puede ser una de las fuentes más importantes para el desarrollo de una industria de ecoturismo, de producción de medicinas y de biogenética.

h) La nueva integración centroamericana superaría la integración de las cúpulas del 20 por ciento de nuestras sociedades permitiendo la integración

desde abajo y desde adentro de la sociedad civil. Se conformaría así un bloque regional estable y consolidado por sus diversos sectores sociales, complementando la plataforma de servicios transnacionales con un nuevo eje de acumulación que permitiría atraer y absorber competitivamente la inversión internacional. La ayuda externa progresivamente comenzaría a ser marginal y debería concentrarse en la consolidación de los grupos más débiles en el nuevo contrato social, que después analizaremos.

i) La vinculación con la Asociación de Estados del Caribe, recién conformada políticamente, pero sin una base teórica ni económica que permita materializar la propuesta integradora del Gran Caribe, ofrece un potencial complementario que requiere ser trabajado cultural y económicamente. En este sentido se ve estratégico para Centroamérica la vinculación estrecha con el grupo de los tres: México, Colombia y Venezuela. La crisis mexicana y del NAFTA pudieran provocar un replanteamiento más maduro de incorporarse al Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá en forma de bloques subregionales.

Esta visión de Centroamérica 2015 se basa en una geografía económica y humana de una subregión de América Latina equivalente a la conformada por el Pacto Andino y el MERCOSUR. Estas tres subregiones latinoamericanas podrían negociar como bloques la incorporación al TLC (NAFTA), pero manteniendo el principio de diversificar la dependencia configurando acuerdos con el megamercado europeo y el megamercado del Pacífico, sin aceptar como inevitable la vinculación exclusiva y dependiente con el mercado norteamericano (Jauberth et alia, 1985).

La Centroamérica 2015 que buscamos parte del supuesto de que el desarrollo es movimiento, no punto de llegada. No es "ser desarrollado" sino "estar desarrollándose". Es decir, una Centroamérica donde se va desarrollando una sociedad más armónica, en la cual un contrato social sólido se fuese construyendo a partir de los diversos estamentos sociales existentes, que han consensuado y pactado el futuro de una región con potencialidad de ser democrática y próspera. Centroamérica no es ni puede ser Somalia ni Taiwán. No es ni puede ser otro Taiwán aunque por ser una región potencialmente rica y geoeconómicamente estratégica, todavía con una gran reserva de riqueza medioambiental ya obtuvo, como Taiwán, las tasas de crecimiento más altas del mundo durante veinte años con un promedio anual de 6 por ciento de crecimiento. Sin embargo, Taiwán no es repetible fuera del contexto de la guerra fría y en un mercado globalizado que no facilita experimentos económico-políticos de países enclave. El fin de la guerra fría por otra parte, ha reducido la hipersensibilidad de Estados Unidos sobre su "patio trasero" y ofrece una oportunidad para una Centroamérica con un margen de espacio propio, cualitativamente diferente al pasado (Ruben Van Oord, 1991), con la oportunidad de conformar una subregión con el Gran Caribe superior al bloque del MERCOSUR en riqueza y población.

Esta Centroamérica 2015 es un sueño por una parte, un potencial por otro, y un reto a la nueva generación centroamericana. Sin una visión alternativa, sin un proyecto que genere las instituciones y el capital humano conducente a su ejecución, las tendencias actuales anteriormente descritas serán las dominantes, impidiendo que en Centroamérica se consolide una genuina paz, la democracia y el desarrollo.

4. Estrategias alternativas del desarrollo centroamericano

La visión de las tendencias dominantes de Centroamérica no es producto del pesimismo. Es objetivo y realista convencerse que las fuerzas que podrían influir para darle otro rumbo a la región están demasiado dispersas y débiles para esperar tener éxito. Al contrario de lo que sucede en una sociedad estable y ubicada en una senda de desarrollo endógeno, las sociedades centroamericanas no generan, sino en forma muy fragmentada y frustrante para los que luchan por una alternativa de desarrollo sostenible y equitativa, las instituciones y los mecanismos necesarios para fortalecer un contrato social que permita la superación de las desigualdades económicas, la disminución sustancial de la pobreza y el desempleo, y la discriminación de la mujer y los indígenas, simultáneamente con el fortalecimiento de las libertades individuales, la consolidación de la democracia y la creación de una sociedad suficientemente integrada y armónica.

El trauma de la colonización, intensificado por la repetida intervención norteamericana desde mediados del siglo pasado, consolidó el desarrollo de formas locales excluyentes de poder paternalista y de represión de los inconformes. El modelo histórico oligárquico, basado en la hacienda latifundista y en una estructura política dominada por redes familiares, se ha transformado actualmente en un dirigismo internacional que ha conformado una alianza con el sector modernizante de la sociedad centroamericana, convirtiendo a la masiva ayuda externa recibida por Centroamérica en las dos últimas décadas en la forma de dependencia moderna. La deuda externa, que tanto pesa especialmente sobre Nicaragua y Honduras, en gran parte no es más que ayuda externa mal utilizada.

El trauma dejado por los efectos de la dependencia política de Estados Unidos, aliado a una oligarquía represiva produjo una grave discriminación y polarización socio-económica. Por otra parte, la ayuda externa ha reforzado, voluntaria o involuntariamente, este sistema. En el mejor de los casos lo mitiga y le permite un grado de gobernabilidad funcional que, no puede ser superado sin una ayuda externa distinta que colabore con una recomposición de las fuerzas sociales y económicas de la región. El sueño de Olof Palme de una Centroamérica puesta en la senda del desarrollo alimentada con la generosidad de una ayuda externa que pudiese crear las bases de la sostenibilidad, está a punto de fracasar porque esa ayuda no se vincula directamente con los sujetos portadores del desarrollo y la democracia que puedan ser eficientes receptores de esta ayuda.

Hay que transitar de una ayuda externa que se agota en tratar vanamente de crear las bases de su propio retiro y sólo logra crear más deudas y más dependencia, hacia una ayuda externa que consolide los sujetos portadores de la sociedad deseada. Sujetos que sueñen con esta imagen de sociedad y tengan la fuerza y la capacidad de impulsarla. Esto puede significar un monto menor de ayuda externa que en el pasado, pero dirigida hacia una concepción distinta, en la cual toda ayuda que no contribuya a la endogenización del desarrollo es potencialmente perversa.

La cooperación externa actual es parte del problema del subdesarrollo más que de su solución. La cooperación externa es crucial, pero por sí sola no puede sustituir ni siquiera complementar los factores fundamentales del desarrollo, sin la acción sincronizada y concertada con la sociedad civil, los gobiernos y los organismos financieros operando en la región. En especial, la cooperación del Norte tiene que reevaluarse no sólo en función de su actuación

pasada, sino sobre todo de cara a las megatendencias que están modelando el siglo XXI. Dado que el cambio tecnológico se concentra en el Norte, el Sur no tiene una salida endógena que le permita enfrentar el crecimiento poblacional ni el deterioro del medio ambiente de igual manera que en el Norte. El desempleo y la pauperización intensiva y extensiva del Sur, presionan por la emigración del Sur al Norte, por la destrucción del medio ambiente y la desertificación, alimentando la conflictividad social y política, favoreciendo la narcoeconomía y la ingobernabilidad democrática.

Muchas de las secuelas de los problemas del Sur afectan al Norte. Por ello, la cooperación externa debe ser parte de la estrategia de seguridad conjunta de los países del Norte, adquiriendo el rango que en su momento tuvo la seguridad militar durante la guerra fría. La inversión extranjera en el Sur, como la cooperación internacional, deben de apuntar a preparar a los países del Sur a absorber los cambios tecnológicos y medioambientales necesarios tanto para la gobernabilidad del mundo como para la sostenibilidad. En especial, la ayuda en consonancia con los principios de reciprocidad y compromiso efectivo con el desarrollo, debe apoyar al Sur para una mejor reinserción productiva, medioambiental y de espacio político en un planeta globalizado. Para Centroamérica, esto significa un apoyo a los procesos de reconversión productiva bajo esquemas de sostenibilidad ambiental y de cambio tecnológico, para alcanzar la competitividad sistémica requerida en el nuevo siglo. Para ello, se debe de modernizar institucionalmente estas economías, habilitándolas para el cambio, en base al primer contrato social plausible realizado en la historia de Centroamérica que sea la base de un desarrollo regional estable y en democracia.

La ayuda externa, según nuestra opinión, debería priorizar la construcción e institucionalización de un contrato social que permitiese crear la concertación y el consenso suficiente entre los diversos actores nacionales y regionales para generar un proyecto los agentes productivos mayoritarios, especialmente de la pequeña y mediana empresa en el agro, podrían complementar e integrar un sector productivo con la gran empresa privada para mejorar la “competitividad sistémica” de la región. Actores cruciales de la sociedad civil como las universidades, las ONG, las iglesias, sindicatos y organismos populares pudieran participar con la gran empresa privada, los partidos políticos y el propio Estado en la construcción de una competitividad sistémica del país y la región donde radica el corazón y el motor del desarrollo de los pueblos.

5. Algunas decisiones claves para el futuro

Lograr un desarrollo económico equitativo y la creación de un contrato social son dos pilares de un mismo arco: no pueden operar el uno sin el otro. La participación es la que aumentará las oportunidades económicas de los agentes portadores del cambio, su fortalecimiento económico, y sobre todo, de su capital humano les permitirá acumular el capital social necesario para ser partícipes con pleno derecho en el nuevo contrato social. La ampliación del mercado interno, que resulta del despegue económico del sector de la pequeña y mediana producción rural, la mayor generadora de empleo, demanda efectiva y nuevos agentes económicos, se traduce en más oportunidades para los sectores industriales, de construcción, comercio y financieros. La falta de integración y sincronía de los ritmos económicos de los diversos sectores, hacen que cualquier aumento del ingreso se traduzca en mayores desajustes

macroeconómicos, comenzando por una mayor demanda de importaciones que no se satisfacen en el limitado mercado interno. Los planes de ajuste estructural se agotan en resolver esta contradicción, porque la contradicción principal no está allí.

El capital social que necesitan los nuevos actores no se puede obtener sin elevar los niveles de ingreso, y los niveles de educación para apropiarse de los beneficios del crecimiento. Esta es la contradicción central: en una sociedad muy polarizada y excluyente los pobres no se forman competitivamente porque no tienen un ingreso suficiente, y tienen una productividad baja porque no tienen formación, pero no tienen interés en invertir en su formación porque los frutos de esta inversión les parecen más remotos que su esperanza de vida, puesto que no tienen participación en los asuntos públicos. Mientras tanto, el estrato social que concentra la riqueza reproduce su estilo de vida y su capital de manera extensiva, con baja productividad, porque cualquier aumento de productividad pasa por un aumento simultáneo de educación, que implica a su vez la distribución del ingreso. Para evitar que la distribución del ingreso produzca un populismo con deesajustes económicos como en el pasado, es fundamental el eje de la participación que reestructure el sistema político patrimonial heredado, eje de la desestabilización social. El círculo vicioso centroamericano, de concentración del poder económico y centralización del poder político en pocas familias, debe ser confrontado en ambos frentes.

5.1 Sectores sociales y programas prioritarios: Según la lógica del ajuste estructural, tal como la defienden y aplican los organismos financieros internacionales, es suficiente que se quiten las regulaciones internas y las barreras que impiden acceder a los justos precios internacionales, para que los productores más eficientes demuestren su superioridad, transformando así poco a poco todo el tejido productivo nacional.

En Centroamérica los gobiernos han apoyado estas tesis fortaleciendo las grandes empresas agrarias con la “modernización agrícola” en las décadas de 1950 y 1960, luego, subsidiando a los grandes oligopolios nacionales y sucursales de transnacionales al amparo de la “sustitución de importaciones” en las décadas de 1970 y 1980. Después a los grandes comerciantes con la “apertura comercial” en la década de 1980 y, finalmente, a los banqueros con la “liberalización financiera” en la década de 1990. Un observador atento puede darse cuenta de que por medio de innumerables nexos familiares, es el mismo estamento oligárquico que, siempre renovándose, ha salido a flote y ha utilizado el aparato del Estado para costear sus transformaciones con mayor o menor grado de incorporación de las clases medias urbanas según los países. Esta metamorfosis permanente de la oligarquía centroamericana ha sido financiada por el Estado, los organismos internacionales y la cooperación externa (Casaús, Arzú, 1992).

Los sistemas políticos en la región han mostrado que esta alianza entre la oligarquía, el Estado y el capital internacional, con el apoyo político de Washington, han mantenido a las naciones centroamericanas en el atraso y en el continuo desgarramiento social. Estas élites no han constituido la fuerza capaz de arrastrar a la región como motor de desarrollo, ni como clase administradora capaz de conducir racionalmente a los demás sectores sociales. Por eso mantenemos que es necesario apoyar a los nuevos sujetos económicos portadores del desarrollo equitativo y sostenible como el eje de la

cooperación externa. Esto permitiría fundamentar un contrato social amplio que reduciría la inestabilidad política y aumentaría la competitividad sistémica del país y la región y crearía las bases para una genuina democracia.

La incorporación del pequeño y mediano campesino, el sector finquero, permitiría arrastrar consigo entre un 30 y un 60 por ciento de la población económicamente activa, según los países. Más vale que este 60 por ciento de la población tenga una mejoría de tan sólo un 1 por ciento a que el 1 por ciento de la población, en el otro extremo del abanico de la distribución de la riqueza, crezca económicamente aunque sea en un 60 por ciento. No es un argumento de caridad, ni siquiera de justicia, es una evidencia contable. Las dudas sobre esta propuesta han sido por tres causas:

(a) Las falsas reformas agrarias que fueron implementadas en los países de la región, queriendo imponer estilos cooperativos o estatales de producción, que incapacitaron el potencial económico del sector campesino.

(b) El sesgo fuertemente urbano que han tenido las políticas de desarrollo basadas en la sustitución de importaciones y en el abaratamiento de la mano de obra urbana, vía el bajo costo de los bienes de canasta básica, lo que supuso mantener deprimidos los precios del productor rural, bloqueando su incorporación y acumulación y forzándolo a inmigrar a las ciudades o al extranjero.

(c) La concepción cultural dominante desde la colonia que asimila al campesinado con el atraso. En el fondo se sueña con la modernización tecnológica como la solución para sacar al campo del atraso. No se quiere entender que la única vía de modernización genuina pasa por la acumulación paulatina, a partir de la propia experiencia y educación del capital humano, principal generador de riqueza, de generación de ahorro y de su reciclaje inversionista en el circuito económico.

El campesino, por su número, su patrón de consumo y su reserva de capacidad productiva es el mayor creador potencial de empleo, de demanda efectiva nacional y de efecto multiplicador que se puede concebir en Centroamérica, tal como lo fue en Europa en los siglos XVIII y XIX y en Estados Unidos con los "pioneer farmers" en tiempos de George Washington. Sin la integración de este campesinado, incorporado a la producción moderna de su tiempo, no hubiera existido, ni hubiera sido posible, la Revolución industrial, ni la creación de la nación, ni de la democracia en Europa y Estados Unidos. En Centroamérica estamos todavía en la fase de creación de la nación, de consolidación de la democracia, y del propio mercado y sus instituciones. No se puede forzar la inserción en el mercado internacional sin tener las bases de las instituciones y la cultura de un mercado propio. Es una de las grandes lecciones de los cuatro tigres del Pacífico.

La crisis creciente de agua en Centroamérica patentiza el círculo vicioso socio-ecológico, donde las culturas campesino-indígenas que transmitieron la herencia medio ambiental y la exuberante riqueza de biodiversidad a nuestra generación, han desertificado de forma creciente la tierra y los bosques en los últimos treinta años por falta de alternativas económicas, agigantando las áreas metropolitanas donde la falta de empleo y de agua potable se convierten en fuente de tensiones sociales. Las epidemias de cólera, dengue y otras nuevas como la "fiebre de Achuapa" en Nicaragua, son el reflejo creciente de este explosivo círculo vicioso.

La nueva lógica de priorizar al sector de pequeños y medianos finqueros tendría, por tanto, un doble efecto: reduciría la degradación ecológica y social por la parte negativa y provocaría el mayor factor dinamizador de la economía por divisa invertida. Dentro del sector finquero, la incorporación de la mujer a la producción y a la vida municipal es el factor de más eficiencia social.

5.2 Institucionalidad del nuevo “contrato social”: Los sistemas políticos autoritarios tradicionales siempre fueron incapaces de incluir la participación ciudadana. Periódicamente desembocaron en momentos de radicalización o de sublevaciones. Siempre fueron la imagen del tejido económico, con la hacienda latifundista y su nube de dependientes pauperizados, que les daba vida y los justificaba. Las oposiciones políticas de izquierda (exitosas o no) tenían como meta la revolución por la vía de la toma del aparato estatal, y no a través del cambio del sistema, aunque esta fue siempre su retórica. La construcción de una genuina democratización a través de la conformación de una ciudadanía para todos, la democratización del conocimiento y del mercado para lograr así la reforma íntegra del Estado emergen como propuestas de la sociedad civil en Centroamérica y en múltiples experiencias del sur (Gorostiaga, 1996b).

La modernización del Estado surgió después de la crisis de la deuda externa, y se visualizó como una reducción de sus funciones y de su campo de acción, especialmente a través de la desreglamentación de la actividad económica. Estos conceptos, todavía mal digeridos en los países ricos, comenzaron a ser aplicados en los países pobres con estados patrimonialistas y burocracias parasitarias. Después de pasar por la experiencia de una prolongada guerra civil, en casi todos los países del istmo, con el derrumbe de los paradigmas ideológicos, las organizaciones políticas que parecían proponer alternativas, o al menos daban metas e ideales por las cuales luchar, han dejado a una sociedad civil centroamericana desamparada frente a un escenario babélico de ideas políticas, de imágenes producidas por los medios de comunicación, sin capacidad para analizarlas y clasificarlas. Un amplio sentimiento de frustración y desconcierto domina a una generación joven que realizó esfuerzos heroicos por cambiar tanto el sistema económico como el político. Este desconcierto es alimentado por los medios de comunicación planetarios, a cuyo impacto no corresponde ningún contrapeso cultural integrador comparable. Posiblemente sólo el fundamentalismo religioso de las sectas protestantes o de los carismáticos católicos, que coinciden en apoyar a los partidos políticos más conservadores, ofrecen esperanzas escapistas de la realidad dolorosa en que viven las mayorías.

Es en estos momentos de incertidumbre, perplejidad y crisis donde se generan las grandes oportunidades de los sistemas humanos. La conjunción de cuatro crisis (del sistema político tradicional, del Estado, de la sociedad civil y de la inserción regional en el mercado internacional) plantea la posibilidad de encontrar soluciones creativas a nivel nacional con un destino regional, o de acelerar un proceso de africanización creciente de Centroamérica.

Evidentemente que el progreso económico equitativo es la piedra angular del contrato social, pero exige simultáneamente una nueva cultura que reivindique la complementariedad del papel de los diferentes sectores y grupos sociales para la consolidación de un proyecto común. Históricamente este tipo de alianzas sociales para la transición política y el progreso económico fueron sancionadas por una cultura dominante, donde coincidían las condiciones

objetivas con la visión impulsada por una élite que hegemonizaba el proyecto (Japón, Taiwán, Corea, España, Chile). En la región centroamericana actualmente ni las élites modernizantes, que salen beneficiadas por la liberalización financiera y se desvinculan cada vez más de la producción para coquetear con la especulación, ni las viejas oligarquías golpeadas por la desintegración social y la incapacidad de la inserción regional en el mercado mundial, ni los ejércitos que se encierran cada vez más sobre su propia sobrevivencia como empresarios, son portadores de la visión de futuro que el nuevo pacto social requiere. Se necesitan nuevos actores que representen los intereses de las grandes mayorías.

La recién conquistada democracia política, a pesar de las limitaciones y superficialidad señaladas anteriormente, ha permitido el surgimiento de nuevas instituciones, de nuevas organizaciones civiles, de nuevas vinculaciones regionales como la Iniciativa Civil de Integración Centroamericana (ICIC) que integran, por primera vez, a grupos mayoritarios de la sociedad civil nacional y regional. El movimiento cívico va tomando forma a pesar del desempleo y la pauperización, y emergen actores mayoritarios portadores de un proyecto de desarrollo. Nuestra tesis es que en la situación actual el Estado y los partidos políticos en la región no pueden reformarse a si mismos. Modernizar el Estado no es poner computadoras en las administraciones y provocar de paso más desempleo, ni la política se democratiza suficientemente por la participación en el Parlamento, el juego electoral más abierto y la reducción del militarismo. Es algo sustancialmente más profundo. Es la incorporación de la participación cívica de la sociedad civil y sus instituciones, aunque sean débiles, en las tareas de la administración pública de donde tiene que venir la transformación del Estado. Lo mismo se podría decir a nivel de los partidos, profundamente desintegrados de la sociedad civil, con una crisis de credibilidad y un estigma ético, que han pasado de ser “vanguardia de la sociedad civil” a ser una retaguardia de la misma.

5.3 Capital humano, cemento y fundación del desarrollo: En el ámbito regional la flexibilización laboral no ha redundado en un mayor nivel de empleo ni de reactivación económica sino en niveles de desempleo abierto y encubierto superiores incluso a los períodos del conflicto bélico. La “liberación” del trabajo no produce el traspaso de empleo de los sectores estancados o débiles a los sectores dinámicos que no absorben gran cantidad de empleo. Además, el tipo de empleo que requieren es de alto nivel educativo. El resultado neto ha sido la exclusión social creciente. La política de reconvertir y reciclar la mano de obra está virtualmente ausente en la región. Por otro lado el contraponer la educación primaria a la educación superior para concentrar los recursos presupuestarios en la educación básica lleva implícito especializar a la mano de obra regional en una educación para la maquila.

La educación y la formación del capital humano pretende adecuar y consolidar a los sujetos prioritarios del desarrollo, para incrementar la competitividad sistémica de los países y de la región como tal, a la vez que fortalecer a los sujetos que pueden balancear el contrato social con las élites económicas y políticas y con el propio Estado. Por otro lado el capital humano potencia los incentivos a la inversión tanto nacional como extranjera. Si el contrato social aumenta la estabilidad económica y política la inversión comparecerá preferencialmente en los lugares donde la mano de obra es

cualificada en mayor proporción. Se requiere, por lo tanto, un compromiso creíble y estable entre el capital y el trabajo. La capacitación profesional de los trabajadores del campo y de la ciudad y la institucionalización de su participación política en la empresa y en la sociedad integran dos aspectos esenciales para Centroamérica: la estabilidad y complementariedad a través del contrato social y la productividad a través de la formación de capital humano.

Sin embargo, la educación no es parte de la solución todavía, sino parte del problema mientras no sea transformada radicalmente. La propuesta que sugerimos implica no desgastarse inútilmente en una confrontación entre educación primaria y superior, sino en un proyecto nacional de educación que integre el continuo educativo, incluso priorizando a la educación superior como fuerza transformadora de la educación primaria y de la educación secundaria, para la capacitación de los nuevos docentes, la transformación de los currículos y de la posibilidad de usar a las universidades como trampolín de la cooperación tecnológica internacional.

Esto implica una profunda transformación de las universidades. Es este uno de los aspectos difíciles pero prometedores de la actual situación centroamericana. Existe un movimiento de reforma universitaria que reconoce que las universidades son parte del problema del futuro de Centroamérica y se busca su profunda transformación. En las tres décadas anteriores la universidad estuvo politizada y radicalizada por los partidos de izquierda, o se convirtió en un bastión de las oligarquías. La pérdida de la autonomía académica de la universidad se está comenzando a recuperar, pero no se ha logrado todavía la adecuación de la universidad a las necesidades de la integración regional y del contrato social. Vincular la universidad a estas transformaciones es parte de la propia reforma universitaria (Gorostiaga, X., 1993b).

Los institutos de investigación pueden servir como institutos catalizadores y eslabones entre las transformaciones requeridas por la sociedad y las transformaciones requeridas en la universidad. La universidad debe transformarse en una plataforma del contrato social. La vinculación de la universidad con la educación primaria y secundaria en un sistema nacional de educación, pudiera ser uno de los consensos políticos más importantes en Centroamérica. Esta tarea difícil es sin embargo estratégica. La cooperación externa y los organismos internacionales han estado ajenos a la transformación del sistema educativo, sobre todo del sistema universitario. Más bien han polarizado y dividido el sistema educativo entre la educación básica y la educación superior. Aquí radica una de las áreas donde se puede lograr un impacto social importante para consolidar el contrato social. Recíprocamente, el contrato social facilitará una transformación del sistema educativo y una mayor eficiencia en la utilización de los recursos, tanto del presupuesto como de la propia sociedad y cooperación externa en la educación.

La vinculación de la educación privada y pública, de la educación de las iglesias y del Estado en un sistema integrado nacional es un test de las posibilidades del contrato social. Lamentablemente los grupos académicos que han estado intentando realizar este trabajo no han contado con la cooperación externa, ni han conseguido superar todavía la endogamia de los gremios universitarios engendrados en los campus, ni de los ministerios de educación. La educación teme abrir sus instituciones a la participación de las familias,

empresas, ONG y sectores de la sociedad civil que necesitan incorporarse a la educación para transformarla en factor fundamental de desarrollo democrático. El sistema educativo ha estado alejado de los organismos de la sociedad civil. Lograr esta simbiosis entre sociedad civil y educación, entre educación básica y educación universitaria, es un proceso importante para la transformación del sistema educativo y al mismo tiempo para la transformación del capital humano de la sociedad civil.

5.4 El proceso de integración regional, el TLC, y la competitividad sistémica: La construcción del nuevo contrato social y la consolidación de los actores económicos y sociales “emergentes” no podrá lograrse independientemente en cada país de la región si no se refuerza la cooperación económica, si no se fomenta la construcción de un espacio ciudadano y cultural también a nivel regional.

Por cierto, el proceso de regionalización se relanzó a toda velocidad desde el año 1992-1993. Las cumbres presidenciales se repiten cada seis meses. Al final de 1994, con la Cumbre de Miami, se visualiza una integración con dimensión continental con la creación del Area de Comercio Libre de las Américas (ACLA) para el año 2005. Esta regionalización a toda velocidad, fue impulsada por Estados Unidos, antes de la crisis de Chiapas y de la crisis financiera de México. Por otro lado, los gobiernos de Centroamérica y el Caribe y el grupo de los tres, acordaron la creación de la Organización de Estados Caribeños, en 1994, incluyendo a Cuba, a pesar de las presiones de Estados Unidos, para iniciar la creación del tercer bloque regional latinoamericano junto con el Mercosur y el Pacto Andino.

Esta dinámica integracionista es importante, pero sufre de la misma carencia estructural que el desarrollo que señalamos en las tendencias de Centroamérica para el año 2015. Es una integración con dos velocidades que puede provocar la somatización-taiwanización no sólo de Centroamérica sino de la gran cuenca del Caribe, incluyendo a México, Colombia y Venezuela. Sin embargo, existe una integración emergente desde abajo y desde adentro de la región, que se contrapone con la integración desde arriba y desde afuera. Esta perspectiva no es antagónica sino que puede complementarse, buscando mayores espacios de participación en el proceso regional, desde los intereses de los pequeños y medianos productores, de las cooperativas, de los organismos de la sociedad civil, de los intelectuales y los grupos de iglesias de base, que conforman una emergente red regional. El ICIC y ASOCODE (las organizaciones campesinas) y la Federación de Cooperativas, han logrado un espacio permanente en los organismos regionales como el SICA (Sistema de Integración Centroamericano), y en la propia Cumbre de Presidentes. Sin embargo su impacto es todavía muy marginal. Más bien se teme una posible cooptación por la burocracia regional de las dirigencias de los organismos regionales centroamericanos, por no contar todavía con los mecanismos institucionales de trabajo. Reforzar su capacidad propositiva y su institucionalidad puede ser un área importante para la cooperación externa (Pico H., 1994 y 1996) para profundizar y democratizar los procesos de integración.

La integración exige un andamiaje institucional y cultural que permita la integración de los pueblos y también de los mercados. Fortalecer y renovar las instituciones del actual SICA para que sean transparentes y participativas, para

que apoyen a la construcción del nuevo contrato social regional, es también una tarea importante de las diversas instituciones centroamericanas y para la cooperación externa. Consideramos fundamental en este proceso de regionalización la integración de los sistemas educativos, sobre todo de las universidades. La creación de maestrías y postgrados regionales convalidados en todos los países, podría servir para formar una nueva generación de profesionales con voluntad, conciencia y lazos humanos regionales.

6. A modo de conclusión

Encontrar una forma de asociación que defienda y proteja de toda fuerza común a la persona y a los bienes de cada asociado, y por virtud de la cual cada uno, uniéndose a todos, no obedezca sino a sí mismo y quede tan libre como antes. Tal es el problema fundamental al cual da solución el contrato social. J.J. Rousseau.

Para el análisis de las tendencias de largo plazo que están marcando el destino y carácter de Centroamérica para el año 2015 hemos partido de algunos presupuestos que conviene dejarlos explícitos:

1. Tomemos en serio que estamos en un cambio de época más que en una época de cambios. Esta nueva época exige un nuevo contrato social para la convivencia ciudadana, tanto regional como mundial. Consideramos que el contrato social es la forma democrática y participativa de crear las bases para esta transformación sin violencia, dentro de una cultura de convivencia ciudadana y por tanto de tolerancia.

2. Asumimos que en la década de lo 1980 culminaron las revoluciones sociales clásicas que buscaban la transformación desde la toma del poder político y económico del Estado. El Estado era el actor fundamental tanto de los procesos de acumulación como de la organización social. La democracia era un mero instrumento más o menos funcional en este proceso. El fin de la guerra fría y el colapso del socialismo estatista abren nuevos espacios a la democracia y a la sociedad civil.

3. El Estado nacional, sin embargo, juega un rol estratégico en posibilitar el nuevo contrato social y en la creación de un desarrollo endógeno, democrático que permita un espacio político suficiente para una inserción en el mercado mundial que respete la cultura, la identidad y el espacio de soberanía relativa pero necesaria que se requiere para este proceso.

4. El cambio de época lleva consigo un tiempo político democrático a nivel mundial, donde la democracia no aparece sólo como un programa y un objetivo a alcanzar, sino como una cultura y forma de convivencia, un estilo de vida y de quehacer cotidiano. El utilitarismo democrático tanto de la derecha como de la izquierda, el cortoplacismo de los partidos políticos, está hoy enfrentando una fuerte crisis de credibilidad, de legitimidad que se manifiesta en ausentismo y desencanto democrático. Esto ha conllevado a una crisis de liderazgo tanto nacional como mundial. Este vacío político de la democracia moderna, comienza a ser llenado por una emergente sociedad civil que tanto a nivel mundial como a nivel nacional está exigiendo espacios propios de participación. Este fenómeno es patente en la pacificada pero convulsionada Centroamérica de la década de 1990.

5. La consolidación de este imaginario democrático es actualmente un fenómeno político, cultural, regional y de alcance mundial. En Centroamérica la profundización de la democracia es esencial para los cambios necesarios. En Centroamérica los pueblos lo han intentado todo para conseguir el cambio.

Desde la paciencia histórica hasta la rebeldía insurgente. Consideramos que toca el turno a la democracia, aunque la fase actual sea de una democracia superficial, restringida y tutelada por el dirigismo de los organismos internacionales.

6. Los fenómenos geoculturales, lo que hemos llamado en otra ocasión el nuevo consenso emergente en todos los continentes (Gorostiaga, 1996a), señalan que existe la voluntad de encontrar alianzas basadas en valores comunes, intereses comunes para enfrentar amenazas comunes. Este fenómeno de la diversidad cultural convergente en valores y en intereses comunes frente a amenazas que se perciben comunes obliga a que las transformaciones de Centroamérica no sean aisladas en cada país, ni siquiera en la región ni en la subregión del Gran Caribe, sino que exigen una visión latinoamericana y una vinculación con fenómenos semejantes en los otros continentes.

7. Se ha repetido hasta la saciedad que no hay alternativa a la política de liberalización, privatización, reducción del estado, priorizando las fuerzas del mercado como las ordenadoras y estabilizadoras del crecimiento económico que provocará por efecto cascada un desarrollo para toda la sociedad. Consideramos sin embargo que las políticas actuales son la no alternativa. El repetido fracaso de estas políticas especialmente en África y en América Latina, en casos tan notables como México y la propia Centroamérica, señalan que estas políticas no ofrecen alternativas ni para las grandes mayorías ni para las élites de los enclaves modernizantes acosadas por la ingobernabilidad, la desintegración social, la inseguridad y la amenaza del colapso ecológico.

8. Asumimos que sin proyecto endógeno la cooperación externa puede convertirse en parte del problema, al reproducirlo en forma continuada o al mitigar las contradicciones del sistema actual, en el mejor de los casos. Sin embargo, consideramos que la cooperación externa tiene un papel genuino en ayudar a la construcción del contrato social, tanto nacional como regional en el caso centroamericano. Para ello se requiere que esta cooperación externa sea transparente, democrática, exigiendo una rendición de cuentas, y coherente entre las políticas bilaterales y las multilaterales de los países donantes. Lo cual exige que la cooperación externa se enfrente a la transformación de los organismos de Bretton Woods que fueron creados para la estabilidad del período posbélico y hoy se tienen que enfrentar a la creación de condiciones de viabilidad y estabilidad en este cambio de época. Viabilidad más que para el gran capital, y las grandes corporaciones de países hegemónicos, para la gran mayoría de las naciones y de la comunidad mundial que necesitan de organismos multilaterales, de organismos globales capaces de generar el equilibrio, la equidad y la sostenibilidad del planeta para todos porque si no, posiblemente, no la tenga ninguno. Por eso el contrato social, nacional y regional, requiere un "New Deal", un nuevo orden mundial democrático, un nuevo multilateralismo.

9. Consideramos que la experiencia centroamericana permite visualizar el fenómeno de los pequeños países de la periferia (PPD) que superan actualmente más de cien estados con aproximadamente dos mil millones de personas. El caso de Centroamérica puede repetirse en muchos de estos países, sobre todo en África, al ser transformados en países excluidos de los ejes del crecimiento y la participación política, y sus poblaciones convertirse en "poblaciones superfluas" para el sistema, pero a la vez en una amenaza de

inmigración masiva para los países del norte y los enclaves modernos en el sur. La crisis de México fue importante por señalar el peligro de una crisis financiera global cuando las fuerzas del mercado y del capital son dejadas a su lógica de maximización del lucro al plazo más corto, sin tener otras consideraciones. El caso de Centroamérica puede ser tan importante como México, no por su efecto global directo, sino por su efecto indirecto a través de la inestabilidad, las amenazas de la inmigración, narcotráfico e inseguridad ciudadana que puede provocar la desesperación del terrorismo en unos cien estados del planeta. La cooperación externa, como en el caso de Centroamérica, no resuelve las causales de la crisis si no enfrenta la superación de las mismas y la recomposición de la sociedad y sus balances sociales e institucionales en un nuevo contrato social.

Se requiere una visión ética y de futuro, como la de monseñor Romero a comienzos de la década de 1980 con un carácter prospectivo profético que le costó su martirio. Su visión adquiere un nuevo sentido al final de siglo. Estas reflexiones para el futuro de Centroamérica fueron en gran parte motivadas por su ejemplo e inspiración. Hoy pretenden renovar la vigencia de su proclama centroamericana convocando a la receptividad que no tuvieron en su tiempo.

Bibliografía

- Arias Peñate, Salvador y Eduardo Stein (1992), *“Democracia sin pobreza: Alternativa de desarrollo para el istmo centroamericano”*, SELA-CADESCA. Editorial DEI. San José.
- Barba, Jaime (1996) “Heterodoxia para el cambio. -Notas para la discusión-“ Revista *Tendencias*, N°44, El Salvador.
- Behar, Jaime y Mats Lundahl (1994), “Evaluación de la cooperación sueca con Nicaragua”, revista *Envío*, número especial, Universidad Centroamericana. Managua.
- Casaús Arzú, Marta Elena (1992), “La metamorfosis de las oligarquías centroamericanas”. Balance de la crisis centroamericana. *Revista Mexicana de Sociología*, 3/92, Instituto de Investigaciones Sociológicas, UNAM, México.
- CEPAL (1993), “Centroamérica: El camino de los noventa” Documento del seminario sobre Situación y Perspectivas Económicas de Centroamérica. (Guatemala, 22 y 23 de Febrero) LC/MEX/R.386 (SEM. 53/2)
- Dumazert, Patrick (1996), *“El SWAP Social: una modalidad para convertir la deuda en una oportunidad para financiar operaciones de desarrollo?”* NITLAPAN-UCA. Managua.
- Fagen, Richard (1987), *“Forging Peace. The Challenge of Central America”* Basil Blackwell. PACCA. Nueva York.
- Gorostiaga, Xabier (1996a), “The New Consensus: A civilization based on harmony and simplicity”, Ponencia presentada en la conferencia “New Development Options”, Oslo, Noruega, febrero 1-3. Versión en español: “Ciudadanos del planeta y del siglo XXI”, en *Revista Envío* N° 157, UCA, Nicaragua.
- Gorostiaga, Xabier (1996b), “Problems and Chances of Democracy in Central America”, en *The Democratisation of Disempowerment. The Problem of Democracy in the Third World*. Edited by John Hippler, TNI Publications, Pluto Press.
- Gorostiaga, Xabier (1993a), “Latin America in the New World Order”, en *Global Visions. Beyond the New World Order*, South End Press, Boston, US. Versión en español: “Comenzó el siglo XXI: el Norte contra el Sur, el capital contra el trabajo”, *Publicaciones CRIES*, Mayo 1991, ponencia presentada en el Congreso Latinoamericano de Sociología, La Habana, Cuba.
- Gorostiaga, Xabier (1993b), “New Times, New Role for Universities of the South”, *Revista Envío*, vol. 12, No. 144, July, Universidad Centroamericana, Managua,

Nicaragua. Versión en español: "La Universidad: preparando el siglo XXI", *Revista ENVÍO*, N°138, junio 1993, Managua.

- Gorostiaga, Xabier (1993c), "Is the Answer in the South?", documento presentado en la conferencia "First World and Third World Economics. Christian responsibility in a World of Plenty and Poverty", en Sigtuna, Suecia, septiembre 20-23. Versión en español: "¿Está la respuesta en los países del Sur?", *Revista Envío*, N°132, noviembre 1992, Managua.
- Hernández Pico, Juan, (1996), "El desafío centroamericano: Producir y participar", *Revista Envío*, año 14, número 156, enero-Febrero 1996, Universidad Centroamericana. Managua.
- Hernández Pico, Juan, (1994), "La alternativa: integración desde abajo", *Revista Envío*, año 13, número 145, Universidad Centroamericana, Managua.
- Hinkelammert, Franz, (1996), *Cultura de la esperanza y sociedad sin exclusión*. Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI) Costa Rica.
- Huntingthn, Samuel, (1993,) "The clash of civilizations", *Foreign Affairs*. Summer 1993.
- Institute for National Strategic Studies of the National Defense University (1992), *Refining US Interest in Latin America*, Workshop Series Final Report, A strategy paper for the Deputy Assistant Secretary of Defense for Inter-American Affairs, Washington DC, US.
- Irvin, George y Stuart Holland (eds.), (1990), *Centroamérica. El futuro de la integración económica*, CRIES-DEI, Colección Universitaria, San José.
- Irvin, George y Xabier Gorostiaga, (1985), *Towards an Alternative for Central America and The Caribbean*, Londres: Allen & Unwin.
- Jauberth, Rodrigo, Gilberto Castañeda, Pedro Vuscovick, Jesús Hernández y Xabier Gorostiaga, (1991), "A trap triangle: Centroamérica-México-United States", PACCA-CRIES, Westview Press.
- Lake, Anthony (1993), *From Containment to Enlargement*, Asistente del Presidente de Asuntos de Seguridad Nacional, John Hopkins University, Washington DC.
- Nitlapán-CRIES, (1994), *De la deuda externa a la búsqueda de alternativas para el desarrollo*, Imprenta UCA, Managua.
- Nitlapán-CRIES (1993) "¿Qué hacer?. Programa Finquero: una alternativa" *Revista Envío*, número 137, Universidad Centroamericana. Managua.
- PACCA (Policy Alternatives for the Caribbean and Central America), (1984), *Changing Course. Blueprint for Peace in Central America and the Caribbean* Institute for Policy Studies. Washington DC.
- Ruben, Raúl y Govert Van Oord, (eds.), (1991), *Beyond the Adjustment*. MAK. La Haya, 1991.
- Sakakibara, Eisuke, (1996a), "The End of Progressivism: a search for New Goals". *Foreign Affairs*, Sept-Oct 1996.
- Sakakibara, Eisuke (1996b) "Towards alternative models of Capitalism", *International Politics and Society*. F. Ebert-Stiftung, Alemania, 4-1996.